

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 52

Sevilla—Lunes 3 de Marzo de 1902

AÑO XXVI

Principio de un debate

La comisión de diputados catalanistas, que no acuden al Parlamento más que para tratar asuntos de sabor local, y que sólo abandonan á Barcelona para cumplir sus deberes como diputados en los momentos de revueltas y cuando sus respetables personas regionalistas pueden correr algún riesgo, han iniciado por boca del doctor Robert el debate sobre los sucesos ocurridos en la ciudad catalana; y lo han hecho con tan mala fortuna, que si no han conseguido fijar el interés de la Cámara, en cambio han demostrado al país, y á esa misma Cataluña que pretenden defender, que no saben una palabra acerca de los sucesos, que ignoran las verdaderas causas del movimiento y que carecen de ideas para evitar nuevas perturbaciones y llegar á la armonía, ó, por lo menos, á una inteligencia temporal entre obreros y patronos: porque ya no cabe suponer, después de sus manifestaciones, que haya sido un movimiento del regionalismo, pero que ha salido al revés.

A estos señores catalanistas les sucede algo semejante que á la famosa Unión Nacional, que empezó con grandes fueros, pretendiendo arrollarlo todo en poco menos de un mes, y ahí están ya sus restos en el Parlamento, tirando cada uno por su lado y procurando, en fuerza de travesuras, alguno de sus representantes, aproximarse al sol que más calienta.

Los catalanistas nos han demostrado lo que nosotros ya sabíamos: que no representan nada, y que en Barcelona no tienen más apoyo que el de cuatro burgueses, porque los obreros no están con ellos, y la gran masa popular con que cuenta el partido republicano los arrollará cuando sea preciso.

Algo bueno había de tener el movimiento, y ese algo es la demostración que la patria chica, el Estado pequeño, con todas sus ambiciones, no tiene en Cataluña más partidarios que los que se formaran la ilusión de ser presidentes, ministros, embajadores y grandes magnates de un estado en miniatura.

La contestación del ministro fué tan desdichada, que apenas si se atrevió á decir que aunque el Gobierno lo sabía todo y las autoridades velaban por el orden, en un momento de distracción ó de descanso surgió el conflicto, y así, por arte casi mágico, se rebelaron sesenta mil hombres sin que nadie se enterara.

Gobiernos que no saben, que no pueden defender sus actos después de sucesos tan graves y de tanta trascendencia, ¿cómo han de tener aptitud y condiciones para conjurar la tormenta y evitar con adecuadas medidas legislativas la reproducción del conflicto? Mediten los hombres prudentes.

La intervención de los conservadores y las declaraciones que ha de hacer Romero Robledo, es posible que levanten algo el debate; porque los primeros se proponen, por órgano del príncipe de Asturias de su partido, Sr. Dato, exponer el pensamiento completo de su partido en la cuestión del proletariado, y el Sr. Romero combatir duramente al Gobierno, pidiendo su inmediata destitución y consignando sus puntos de vista sobre la cuestión, á la vez que pedirá declaraciones á todas las minorías y aludirá con gran insistencia á los elementos más radicales y más avisados del partido gobernante, para que expongan sus ideas á propósito del problema social.

Esta sería una gran ocasión para que la minoría republicana dijera al país lo que piensa y los medios con que cuenta para resolver el problema.

Si así fuera, y nuestros oradores acertaran con un programa completo de reformas sociales, informadas en los principios de libertad, y que se llevaran al Código, al derecho común, quitándoles ese sabor especial, que es privilegio á la moderna, y que al fin y al cabo no es otra cosa que la resurrección de la ley de castas, la separación de patricios y plebeyos, adoptando otros nombres, pero hasta usando la misma forma y el mismo procedimiento, habríamos ganado una gran jornada y logrado que concluya un debate mejor que empezó, demostrando al país que queremos y que somos los únicos que pode-

mos; y á las clases trabajadoras que sólo de la República pueden esperar su redención y la realización de sus justas demandas, sin alborotos ni perturbaciones.

A. A.

Nota del día

Hay quien se asusta de un león, ó de una hiena, ó de un ratón... ó de cualquiera de esas cosas que son naturales y corrientes, porque todas ellas las hizo el Creador en seis días... Sabido es que el séptimo estaba cansado como cualquier hijo de vecino, y descansó.

Pues bien; de ninguna de esas cosas, ó animales raros, me he cuidado en mi vida, convencido, como lo estoy, de que, cuando Dios los crió, sería para nuestro bien, porque yo no creo que el Ser Supremo creara los mosquitos de trompetilla para no dejarnos dormir, sino para arrullarnos en el silencio de nuestra alcoba.

Y véase qué cosas más raras suceden en la vida:

Cuando leo una noticia como esta que acabo de leer, en la que se dice, hablando de un obrero que se llamaba Chaves, y que ha fallecido en Río-Tinto, que ha muerto dejando nueve hijos pequeños en la orfandad, me entran repelucos, temores, agonías, tristezas incompensables é inexplicables, y casi me dan ganas de llorar solo, en el último rincón, donde nadie me vea y se pueda burlar de mí al conocer mi pena...

Y siempre, siempre que me agobia uno de estos temores ridículos, me digo, dirigiéndome al Señor de todo lo creado:

—Padre nuestro que estás en los cielos: ¿por qué descansaste el séptimo día dejando por crear tantas cosas como hacen falta?

Ya sé yo que son contingencias de la vida humana en la que sufren tantos Chaves como ese de Río Tinto, que fallecen del mismo modo que él, dejando multitud de Chavecillos abandonados y á la clemencia de Dios...

—Usted lo acaba de decir: á la clemencia de Dios. Ella se encargará de socorrer á los nueve hijos pequeños del obrero Chaves.

¡Ah! Pues si es así, Dios mío, ¿por qué tu clemencia no ha llegado un poco antes?...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

La nota culminante de la situación actual la ha dado el Sr. D. José Pereda, trabajando en Santander para que los vendedores de periódicos no lleven *El País*.

El Sr. D. José Pereda es un novelista santanderino...

—Diga usted novelista español... Si dijera eso, diría mal. Es un novelista montañés, porque á la montaña se ha dedicado, y todos los que la conocen cuentan que la pinta muy bien.

Bueno; iba diciendo que este novelista es un carlistón y un neo de los demonios, una especie de bú que se cree todavía en los tiempos de Carlos II *el Hechizado*, y cree que el ferrocarril y el velocipédo son obra del demonio.

No es de extrañar lo que hace. Siempre ha sido lo mismo: tan católico, que no le da una limosna á su padre, siendo rico; tan buen padre de familia, que un hijo se le suicidó, según dicen, por cuestiones y disgustos familiares.

No es extraño que sea enemigo de *El País* periódico y del país español.

Con los vientos modernos se resfría.

Doscientos mil ejemplares van á imprimir del discurso pronunciado por el Sr. Dato en las Cortes tratando la cuestión social.

¡Doscientos mil! Una buena tirada si los tira todos.

Que yo creo que los tirará.

La arriada se ha marchado al parecer, porque hoy el Guadalquivir ha hablado, y con tono mesurado dijo á Sevilla:—¡Me voy!

Y comenzó á descender de manera tan veloz, que... ustedes lo pueden ver: corre con carrera atroz,

y diciendo:—¡Hasta más ver!

Cuando Sagasta se ponga bueno de la última enfermedad que le retiene en casa, se asegura que se provocará la crisis.

Y que se formará un ministerio de altura. Como diciendo:—Las maldiciones vienen de abajo. Mientras más altos sean los ministros, menos las oirán.

No tienen en cuenta que, mientras más suban los ministros, más subirán las maldiciones. Porque aquellos que acostumbramos á maldecir levantaremos la voz para que nos oigan.

El arzobispo de Sevilla, que no quita ojos del capelo, ha telegrafiado al ministro de Estado de Su Santidad lo siguiente:

«Eminentísimo cardenal secretario de Estado.

Vaticano-Roma.—Al comenzar el jubileo Papal de León XIII, sus hijos de Sevilla le envían pláceme entusiasta, esperando confirmarlo más tarde, por medio de peregrinación, que ofrezca al augusto pontífice el homenaje de la tierra de San Isidoro.

En tanto, piden al padre amado una bendición del clero, los fieles y el ARZOBISPO DE SEVILLA.»

El homenaje de referencia ya sabrán ustedes lo que es: ¡dinero!

Allí no se contentan con buenas intenciones si éstas no van en pasta acuñada.

Son las órdenes que tienen de la Corte celestial.

El Eterno le tiene dicho el Papa:

—Cuidado con admitir ofrendas que no puedan empeñarse en casos de apuro.

Al tan sentido telegrama de nuestro don Virtuoso, ha contestado el querido de la carbonera madrileña, ó sea Rampolla:

«Sus felicitaciones más gratas por venir anuncio probable visita durante año jubilar. Su Santidad se las agradece y bendice al sucesor de San Isidoro, con todos sus hijos.—M. CARD. RAMPOLLA.»

Me gusta este Rampolla porque no es hipócrita y siempre habla claro.

El telegrama está bastante expresivo.

Esto es:

«Más gratas por venir anuncio probable visita...»

Que quiere decir:—Si fuera solamente felicitación de cumplimiento, no haríamos caso; pero como anuncia que vendrá á traernos dinero, le bendecimos por adelantado, á su reverendísima y á sus hijos.

Esto último es nuevo para mí. Yo creía que nuestro virtuoso pastor no tenía hijos carnales.

Pero cuando Rampolla lo dice, él sabrá por qué.

Sabrán ustedes que en Francia existe la ley del divorcio para poder mudar de mujer como de camisa, y no verse condenado diariamente á pan con manteca hoy, y pan con manteca mañana.

Pues bien; apesar de que existe esa ley oficial, hay otra ley particular con la que los matrimonios resuelven de plano, y con los menos gastos posibles, todas las desavenencias.

—Mira: yo estoy cansado ya de mi *musiú*, y de buena gana me iría contigo—dice la *madame*.

—Corriente: vente á casa y allí nos arreglaremos. Probaremos un trimestre, y, si nos va bien, proseguiremos.

En esta situación se hallaban unos vecinos del barrio Latino, cuando se presentó en el establecimiento el marido verdadero.

Sorpresa general en los dos esposos de *falondres*.

Aquí del marido, que comienza hablar diciendo:

«No os inquietéis. No vengo á mover escándalo, señor comerciante. Si usted está viviendo con mi esposa, yo tengo la culpa que la abandoné, y puesto que parecéis dichosos, seguid viviendo juntos. Solo os pido que me déis hogar y comida algunos días, porque carezco de recursos.»

Pedir más mansedumbre sería una iniquidad. El matrimonio abrió la puerta, y, después de colgarle el cencerro al marido de verdad, lo alojó cariñosamente.

A los dos ó tres días desapareció el marido verdadero, cansado quizá de hacer un papelito tan desairado.

El marido trimestral fué á pagar una cuenta, y se encontró, en vez del dinero, la siguiente misiva:

«Mis queridos amigos. Vivís tan felices juntos que no quiero turbar por más tiempo vuestra quietud. Parto, pues, y como voy bastante lejos,

no os extrañéis que os haga un pequeño empréstito para el viaje. Adios para siempre.»

La cantidad sustraída por el digno esposo, consistía en 500 francos, 1,000 en alhajas y 10,000 en títulos.

A lo que dirá el marido amante:

—Hija mía, ¿sabes que no me resulta la cuenta?... Me cuestan lo mismo que si fueras mi mujer de verdad.

En Madrid se ha puesto en venta un folleto titulado: *Arte de no pagar al casero, y modos de jorobarle*.

Lo compraremos para ver qué cosas nuevas dice.

Me parece que, por mucho que enseñe, no enseñará tanto como nosotros sabemos.

¡Me parece!

CARRASQUILLA.

Congreso y sacristía

Y dijo Rodrigo Soriano al presidente del Congreso de diputados:

—Europa entera se asocia á las fiestas con que honra París el centenario de Víctor Hugo. El gran poeta era casi español: en Madrid pasó su infancia, y sería oportuno que la Cámara española se asociase á una fiesta universal en la que se honra á un genio que siempre recordó la tierra de su infancia.

El luto por la muerte de los grandes hombres ó la alegría por su glorificación, no se limitan nunca al país de su nacimiento, sino que son universales. Cuando falleció el americano Franklin, la Asamblea francesa, á la voz de Mirabeau, decretó el luto nacional. Al morir el español Castelar, la Cámara francesa, la italiana y casi todas las de América se asociaron al dolor de España. Y como estos casos, cien más.

Natural era, pues, que, tratándose de una glorificación universal, la Cámara española diese una muestra de afecto á Francia en el centenario del gran poeta. Además, Víctor Hugo comenzó á formarse entre nosotros; su inteligencia luminosa despertó bajo el hermoso cielo de España; aprendió á leer en una escuela de Madrid; muchos de sus versos y de sus pensamientos más entusiastas los dedicó al pueblo español; cantó nuestras glorias históricas con más fe quizá que los poetas nacionales; amó nuestra lengua hasta el punto de que en todas sus novelas se encuentran palabras castellanas ó versos de nuestros clásicos como lema de sus capítulos; y en plena ancianidad se conmovió como un niño al recibir visitas de españoles, afirmando con encantadora puerilidad que, apesar de ser francés, era ante todo un *hidalgo castellano*.

Pero, apesar de estas razones que conoce en España todo hombre medianamente intelectual y justifica sobradamente un acto del Congreso, éste no se ha asociado al centenario del poeta. Bastó que Noedal manifestase su disconformidad con tal acuerdo, para que el presidente de la Cámara desistiese de él y Rodrigo Soriano se viera solo, como acostumbran á verse siempre en aquella casa los diputados republicanos.

Las razones que dió el diputado neo no pueden ser más convincentes: que Víctor Hugo fué un impío, que sus obras figuran en el Índice y que una nación católica como España no podía rendir tributo de admiración á un librepensador... ¡Como si en el arte existiesen diferencias políticas! ¡Como si lo eternamente hermoso fuese católico ó librepensador, monárquico ó republicano!

De admitir el mundo estas bestialidades de un inquisidor nacido con dos siglos de retraso, resultaría que el Partenón es una barraca indecente porque lo levantó el arte pagano; y que Nuestra Señora de París, la catedral de Colonia, la de Burgos y todas las maravillas del arte gótico, deben inspirar desprecio á la inmensa mayoría de la humanidad, protestantes, cismáticos, librepensadores, etc., porque fueron obra del arte católico. ¡A qué nivel desciende el hombre empujado por el fanatismo religioso!

El Índice, convertido en código de crítica literaria, es la invención más estrambótica que puede encontrarse en la época moderna. El valor de los escritores de fama universal, medido por

el capricho de unos cuantos cardenales romanos, enemigos de la imprenta y ansiosos de hacer retroceder el mundo a la feliz época en que no sólo se prohibía la lectura de los libros, sino que se quemaba a sus autores, es una teoría peregrina que sólo puede exponerse en España con toda tranquilidad, sin miedo a que los oyentes caigan sobre el que tal dice y lo sujeten por instinto de conservación, mientras llegan los encargados de encerrar a los locos peligrosos.

[El Índice... ¿Qué autor notable no figura en él? Hasta algunos escritores, sinceramente creyentes, se han visto comprendidos en ese catálogo de condenación por exponer su fe con originalidad, saliéndose del cauce de la rutina. Cuando el Papa era rey de Roma, todos los autores resultaban peligrosos, todos estaban comprendidos en el Índice y hasta la dulzona é inocente letra de las óperas de Bellini y Donizetti era tenida por sediciosa y sufría la censura y los tachones del Santo Oficio.

En la España contemporánea no hay autor libre de herejía: en el Índice figuran Echegaray con sus dramas, Galdós con sus novelas, Campoamor con sus versos, todos los escritores que merecieron el aplauso del público pecador, y tan estrecha es la censura de Roma, que si creyéramos indispensable para nuestra salvación eterna no leer otros actores que los limpios de toda mancha de impiedad, tendríamos que apenar con Nocedal como único prosista y proclamar a Carulla el único poeta.

Noblemente, hay que reconocer que el diputado integrista, haciendo esas declaraciones de inquisidor tardío, es franco y por esto merece cierto respeto. Cree que el que no cuenta con la aprobación de la Iglesia no merece consideración alguna y lo dice sin rebozo. Es un jabalíneo que reparte colmillazos, sin importarle qué dirá la opinión de su silvestre fiereza.

Los que inspiran repugnancia son esos conservadores que las echan de intelectuales y cultos, que en la intimidad son escépticos, que a los ojos de los extranjeros quieren aparecer como espíritus superiores de carácter europeo, dignándose educar y gobernar un pueblo ignorante, y que anteayer hicieron coro a Nocedal oponiéndose a la glorificación de Víctor Hugo para no indisponerse con el clero cerril y las monjas timoratas que leen *El Siglo Futuro*.

De seguro que en París y en todos los puntos del globo donde sepan que una cámara europea se ha negado a reconocer la gloria de Víctor Hugo porque sus obras figuran en el Índice, dirán con asombro:

—¡Pero eso no es un Parlamento! ¡eso es una sacristía de convento de monjas!

BLASCO IBÁÑEZ.

De actualidad

La comisión del Congreso que dictaminó sobre el proyecto de responsabilidad judicial mantiene la jurisdicción de las Cortes para juzgar a los magistrados del Supremo.

En Valladolid temese la reproducción de motín de estudiantes y cadetes.

Conferenciaron las autoridades, tomando precauciones.

Roma: celebróse banquete de 100 cubiertos en honor de Benlliure; discursos entusiastas.

Dicen de París que se declararon en huelga los mineros de Ardeche, que ascienden a unos 20,000.

Roma: El Papa celebró importante conferencia con los arzobispos de Raimis y París. Trataron de la situación de la Iglesia en Francia y dificultades que se avecinan.

Sagasta y González mejoraron y abandonaron el lecho.

Continúa el descenso de los ríos.

Valladolid.—Se han apaciguado los cadetes y estudiantes, confiándose en que no se reproduzcan las colisiones.

Los exgobernadores conservadores costearán la impresión del discurso de Dato sobre los sucesos de Barcelona y lo enviarán a los centros fabriles.

Muchos elementos de la colonia del Cabo iniciaron un movimiento de opinión para excitar al Gobierno inglés a que estudie los medios de restablecer la paz.

En la Academia de Bellas Artes verificóse la recepción del maestro Caballero; brillante y concurrida.

Contéstale Sbarbi: discursos aplaudidos.

En las esquinas de Barcelona ha aparecido una alocución suscrita por las sociedades obreras. Dice que, restablecida la normalidad, urge una solución que armonice a obreros y patronos.

Propone una suscripción para aliviar a las familias de las víctimas de los recientes sucesos. Llegaron dos detenidos por excitar a la rebelión.

Se les juzgará en consejo de guerra.

Dicen de París que el jefe del Gobierno abandonó el lecho. Confírmase que sufrió una pequeña fractura en el hombro.

Los médicos aseguran que dentro de diez días quedará restablecido.

Desmientese que abandone su cargo ministerial.

Dicen de Constantinopla que el gobierno turco está alarmadísimo por temor a un golpe de mano contra Trípoli por Italia y otra potencia.

En previsión organiza los regimientos auxiliares.

Dicen de París que en la Bolsa del Trabajo los obreros parados pronunciaron violentísimos discursos.

El compañero Semoul pidió hierro y plomo para acabar con la policía.

Los oyentes le cercaron diciendo:—Basta de discursos: a la calle.

En la plaza de la Bolsa hubo colisión entre los manifestantes y la policía: puñetazos, palos y sablazos.

Siguieron por la plaza de la República.

Quince agentes heridos: 20 presos, incluso el exministro comunista Navarol.

Búscase a Semoul.

Llegó a Madrid una comisión de La Línea encargada de gestionar para el término de la huelga de cocheros.

Visitarán mañana a Sagasta y González; y vieron a los diputados de la provincia.

Aranjuez: decrece el Tajo: ha cesado la inundación.

Un tren de socorro salvó a varias familias aisladas cerca de la estación de Algodor.

La Universidad de Roma ha sido clausurada a consecuencia de los últimos desórdenes.

Ha sido denunciado el periódico *El Evangelio*.

Al próximo Consejo concédesele importancia.

Urzáiz hará cuestión cerrada que se rechace la enmienda de Muniesa al proyecto fiduciario.

Marcharon a París Capdepon y García Prieto para ultimar el arreglo del pleito entre los infantes doña Eulalia y don Antonio.

Mañana en el Banco será la reunión preparatoria de la Junta de accionistas.

La *Estafeta* califica la enmienda de Muniesa de viable y práctica.

En Coronil las lluvias torrenciales paralizaron las faenas agrícolas: gran miseria: 200 obreros demandan socorro.

París: coche se celebró el baile comprendido en el programa de fiestas de Víctor Hugo. Asistieron 14,000 invitados.

EL BOHEMIO

—¿Te marchas ó qué haces, pillastre?—gritaba la criada en el jardín, armada con una escoba.—Espera, espera, verás cómo te engaño a fisgar la casa.

Y blandiendo la terrible escoba, amenazaba a un muchachuelo mendigo, que apoyado en las tablas de la empalizada no le quitaba ojo, haciéndola blanco de sus muecas.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—¿Pero no ve usted ese descarado?—respondió la doméstica.—Hace un cuarto de hora que no cesa de dar vueltas alrededor de la casa. Y no tiene buena facha semejante tuno... Los conozco bien... Anteayer se quemó la granja de Heurtebize sin saber cómo... ¿Y quién dice que no haya sido ese mal bicho ó alguno de su partida? Aguarda, aguarda, yo te diré cómo se quemaron las granjas.

Me acerqué al mendigo, y con voz severa le dije:

—¿Qué haces tú aquí?

—Estoy mirando—contestó el muchacho con aplomo.

—¿Y qué quieres?

—Quiero pan, ó cualquiera otra cosa que comer.

—Bueno; ven, se te dará pan.

El muchacho no se movió. Su rostro adoptó una expresión de seriedad y desconfianza.

—Vamos, ven—le dije de nuevo.

—¿No me hará usted daño, señor?—murmuró mirándome con temor.

—No, hombre; no seas tonto.

—Y diga usted, ¿tampoco me pegará un es-cobazo esa mujer gorda?

—Tampoco, descuida.

—Entonces voy.

Se echó al hombro un zurrón lleno de men-drugos de pan que tenía en el suelo, junto a la valla, y me siguió a la casa.

Hice que le sirvieran una lonja de carne fiam-bre, pan y una botella de sidra. El pobre niño empezó a comer vorazmente, no sin mirar con inquietud a su alrededor. Sus ojos lo examinaban todo, escudriñándolo con viveza. Hubiérase dicho que tenía la repentina aparición de algo amenazador oculto en los muebles, en la chimenea, debajo del pavimento ó en la panzada cal-dera de cobre rojo, que brillaba como un sol en la cocina.

Podría tener trece años. Su cara, fuertemen-te morena, era fina y agradable; los ojos negrísimos, cercados de anchas y azuladas ojeras, tenían una expresión a la vez añiñada y nostálgica; sus cabellos, negros también, largos y alisados, le hubiesen dado la apariencia de un paje de la Edad Media, si no fuera por la pobreza de su chaqueta de tela desgarrada en veinte sitios, y por lo harapiento de su pantalón remendado y muy corto, que dejaba ver parte de las pantorri-las y los pies descalzos, encogidos por la marcha y amarillentos del polvo de los caminos. Aparte de esto, el chico parecía tener buena salud y fuerza.

Quando se hubo satisfecho le interrogué:

—¿De dónde eres, pequeño?

—Soy bohemio, es decir, lo era mi padre, porque yo no soy de ninguna parte. Nací en la carretera, dentro de un carro y lejos de aquí; ya no me acuerdo en qué país.

—¿Viven tus padres?

—Mi padre murió ya.

—¿Y tu madre?

—No sé.

—¿Y cómo estás tan solo?

—¡Ahí ve a usted! Mi padre tenía un carro muy grande, que era nuestra casa y nos conducía de pueblo en pueblo. El pobre viejo componía loza y afilaba cuchillos; yo tiraba del fuelle de la fragua y daba vueltas a la piedra de afilar, y el perro guardaba la casa. Nos deteníamos a la entrada de las aldeas. Los caballos comían las hierbas que encontraban, y cuando al cabo del día se ganaban algunos cuartos, cocíamos un pucherete al borde del camino... y mi padre me zurraba. Pero de esto hace ya mucho tiempo; yo no era grande como ahora. Después, mi padre se rompió las dos piernas, y como ya no podía trabajar, se puso a pedir limosna, y yo con él. Vendió el carro y los caballos, quedándose únicamente conmigo y con el perro.

—¿Pero cómo podía mendigar con ambas piernas rotas?

—Vaya, pues bien. Con el dinero que le dieron por el carro, mandó hacer un chisme con ruedas, que empujaba así... con las manos... Parecía un barco. Usted ya habrá visto barcos... Pues bueno; mi padre era, como quien dice, el barco, sus brazos, como quien dice, los remos... Después, murió... Desde entonces continué pidiendo limosna yo solo. Pero no me gustan las ciudades, yo prefiero el campo.

—¿Y no eres desgraciado?

—¡Cal No señor. Esta vida me agrada mucho. Alguna vez me dejao que duerma en las casas de campo; otras, me persiguen... pero siempre encuentro modo de procurarme un abrigo... En el bosque se duerme mucho mejor que en las granjas. Allí hay buen musgo y hojas secas que huelen a gloria; y de mañanita cantan los pájaros, y veo liebres, y corzos, y ardillas...

—¿Pero cómo te arreglas para comer?

Pues a veces me dan, y vamos andando; otras veces no me dan, y entonces lo robo.

—¿Cómo es eso? ¡Tu robas, miserable!

—Claro; como que soy bohemio.

—¿No temes que te prendan?

—Nadie puede prenderme, porque soy bohe-mio... Todo el mundo sabe eso.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que los bohemios tienen permiso para ro-bar. ¿Lo ignora usted?... Vaya, pues es un cuento muy viejo... Un día pasó un bohemio cerca de la cruz en que moría Nuestro Señor Jesucristo. El bohemio arrancó los clavos que atravesaban los pies de Nuestro Señor y se los llevó. Desde entonces Nuestro Señor ha permitido, que todos los bohemios roben... ¡Eal he concluido—dijo el muchacho levantándose.—Me voy; es usted un señor muy bueno.

Aquel niño me interesaba.—Vamos—le dije

—¿no querías instruirte, aprender un oficio?

—Ah, no—respondió con viveza.—¿Para qué?... Prefiero los caminos, la campiña, el bosque y mis amigos los pájaros... No me faltará nunca un lecho de musgo en el verano, alguna templada cantera en invierno, y en todo tiempo la caridad de Dios, que ama a los bohemios... Pero con todo eso, es usted un señor muy bueno... Quede usted con Dios, y muchas gracias, señor.

Le di unos cuantos céntimos y atesté su zurrón de pan y carne.

Y alegremente, como pudiera saltar un pe-rriño, franqueó el umbral de la puerta.

Le ví que se detuvo al pie de la empalizada. Cogió una rama de avellano y se hizo con ella un bastón; después, enviándome un alegre saludo con la mano, echó a correr por el rastrojo, y desapareció.

¡Pobre niño! ¡Acaso tenga razón! ¡Y quizás de otra suerte hubiera llegado a ser banquero ó ministro!

OCTAVIO MIRBEAU.

Curiosidades

ALHAJAS DE LA CAPILLA REAL DE GRANADA

Sabida es la predilección que los reyes católicos D. Fernando y D.^a Isabel sentían por la ciudad de Granada. Por ello mandaron construir junto a la catedral de aquella capital una capilla donde fueran sepultados sus cuerpos, dotándola de crecidas rentas y de los ornamentos necesarios para el culto.

A la muerte de los referidos reyes, y cumpliendo la expresa voluntad de ellos, se guardaron en dicha capilla cuantas pinturas, tapices, reliquias, manuscritos y alhajas habían sido de su uso, constituyendo todo ello una preciosidad artística, al par que un monumento histórico.

Consérvase todavía mucho de todo aquello, algo de lo cual reproducimos en nuestros grabados.



Espada, cetro, corona y arquet de los Reyes Católicos.

Vése en primer término la espada que usó D. Fernando en la conquista de Granada. La guarnición de esta espada es de oro, cubierta de artísticos adornos cincelados y nielados del mas puro renacimiento. Los gavilanes de su empuñadura son caídos. La vaina, que se ha extraviado, era de terciopelo carmesí con contera de oro. Esta espada se colocaba sobre la tumba del rey en el aniversario de su fallecimiento.

La corona y el cetro que acompañan a la espada descrita, y que se suponen pertenecieron a la reina doña Isabel, son de plata dorada y de estilo gótico. El cetro es obra de masonería y la corona de círculo liso con un adorno calado de tallos que se entrecruzan, figurando hojas y flores que sobresalen por arriba. Estos dos objetos se colocaban sobre la tumba de doña Isabel al celebrar sus exequias.

El cofrecillo sobre el que descansan dichos objetos es de plata sobredorada, cubierto completamente de adornos góticos repujados, cincelados y dispuestos en fajas. Esta arquilla se destinó a servir de relicario y para reservar el Santísimo Sacramento en la Semana Santa. Indica este uso un pequeño relieve que se observa en la cerradura, representando la Resurrección del Señor.



Cáliz gótico.

Consérvase también en la referida capilla un precioso cáliz de estilo gótico, que obstanta en su manzana seis figuritas de apóstoles, en la copa gallones de bulto y en el pie, que es estrellado, adornos repujados de un gusto exquisito.

El portapaz de este cáliz es también de estilo gótico. Forma un encasamiento con pilares arbotantes y doselete coronado de esbeltas agu-